

## Introducción

Michel Foucault fue profesor del Collège de France desde inicios del año 1971 hasta su muerte acaecida en junio de 1984. Su cátedra Historia de los sistemas de pensamiento fue creada el 30 de noviembre de 1969 y el 12 de abril de 1970, la asamblea general de profesores del Collège de France eligió Foucault como titular de la nueva cátedra. El pensador francés actuaba con sentido de investigador mediante exploraciones y desciframiento de campos de problemas, para analizar el tipo de discurso que se utilizaba en la genealogía de las relaciones saber-poder, que a partir de la década de los setenta sustituirá al programa de la arqueología de las formaciones discursivas al cual le había dedicado hasta entonces sus esfuerzos.

Foucault fue un estudioso de los mecanismos del poder y la insurrección de los saberes, no contra los métodos, contenidos o conceptos de una ciencia sino una insurrección contra los efectos o consecuencias de poder centralizadores que están ligados al discurso científico y a su funcionamiento dentro de una universidad, en un aparato escolar o en un aparato político como el marxismo o en toda la sociedad. El pensador de origen francés, al igual que el austro-inglés Karl Popper, la alemana Hannah Arendt y el venezolano Ernesto Mayz-Vallenilla, se interesaron en investigar el poder en sus distintas variantes y formas, y cada uno lo abordó de una manera distinta, dándole un matiz personal aunque comparten algunos criterios si se comparan las obras de estos cuatro intelectuales. Sin embargo, es conveniente mencionar que en sus estudios sobre el poder no siguieron los postulados de los pensadores tradicionales en esta materia como son Maquiavelo, Hobbes y Weber. En este sentido, creemos conveniente recomendar a los participantes, mediadores e investigadores de las universidades públicas y privadas interesados en las tramas del poder, realizar un estudio comparativo de este tema, utilizando el legado político de Foucault, Popper, Mayz-Vallenilla y Arendt, a fin de encontrar similitudes, áreas de coincidencias y diferencias entre los puntos de vista bajo los cuales analizan el tejido molecular del poder.

El término *poder* proviene del latín *possum* – *potes* – *potui* – *posse*, que de manera general significa *ser capaz*, *tener fuerza para algo*, o lo que es lo mismo, ser potente para lograr el dominio o posesión de un objeto físico o concreto, o para el desarrollo de tipo moral, política o científica. Usado de esta manera, el mencionado verbo se identifica con el vocablo *potestas* que traduce potestad, potencia, poderío, el cual se utiliza como homólogo de *facultas* que significa posibilidad, capacidad, virtud, talento. El término *possum* recoge la idea de *ser potente* o *capaz* pero también alude a tener influencia, imponerse, ser eficaz entre otras interpretaciones. Sin embargo, lo importante en este artículo es señalar que íntimamente ligados al poder como *potestas* o *facultas* y la idea de fuerza que lo acompaña. “se hallan los conceptos de *imperium* (el mando supremo de la autoridad), de *arbitrium* (la voluntad o albedrío propios en el ejercicio del poder), de *potentia* (fuerza, poderío o eficacia de alguien) y de *auctoritas* (autoridad o influencia moral que emanaba de su virtud)” Mayz-Vallenilla, E. (1982: 22-23).

Señalamos estas distintas significaciones y sentidos afines, porque todas ellas se entrecruzan en el tejido social del poder, con el fin de evitar las anfibologías naturales que se presentan cuando no se precisa el sentido del poder.

Cuando se analiza el poder, lo importante para el autor de *Las palabras y las cosas*, es determinar cuáles son sus mecanismos, sus implicaciones, sus relaciones, los distintos dispositivos de poder que se utilizan en los distintos niveles de la sociedad. Una de las interrogantes que Foucault trata de responder es la posibilidad de que el poder pueda deducirse de la economía. Dicho planteamiento lo realiza en virtud de encontrar dos concepciones del poder en la historia; una, la concepción jurídica y liberal del poder político, que se puede encontrar en los filósofos del siglo XVIII y la segunda, la concepción marxista, a la cual nuestro pensador le da el nombre de *economicismo* de la teoría del poder o *funcionalidad económica* del poder.

En este orden de ideas, la concepción jurídica o no económica establece que el poder es un derecho que uno posee como un bien y que puede transferir o enajenar, de manera total o parcial mediante un acto jurídico. El poder es el que todo individuo posee y que puede ceder total o parcialmente para constituir un poder o soberanía política. En el otro caso, el poder político tendría en la economía su razón de ser histórica y el principio de su funcionamiento actual.

También, nuestro pensador se dedicó a estudiar el poder desde la óptica de los “operadores de dominación”; es decir, se trata de extraer histórica y empíricamente dichos “operadores de dominación” de las relaciones de poder. Se estudia la relación de dominación en lo que tiene de fáctico, de efectivo y de ver cómo ella misma es la que determina los elementos sobre los cuales recae. Por tanto, plantea, no preguntar a los sujetos cómo, por qué y bajo qué derechos aceptan ser sometidos, sino indicar cómo fabrican las relaciones de sometimiento concretas.

Foucault también tuvo en sus ideas, una veta histórica que exploró al máximo. Como él mismo expresó: “En el fondo no soy más que un historiador de las ideas. Pero (...) un historiador de las ideas que ha querido renovar de arriba abajo su disciplina, que ha deseado sin duda darle ese rigor que tantas otras descripciones, bastante vecinas, han adquirido recientemente (...)” Foucault, M. (1999a: 229). La historia de las ideas se dirige a todo ese juego de representaciones que suceden entre los hombres; es el análisis de las opiniones más que del saber, de los errores más que de la verdad, no de las formas de pensamiento sino de los tipos de mentalidad. Tiene como ámbito de acción, el campo histórico de las ciencias, de las literaturas y de las filosofías; en fin, la historia de las ideas es la disciplina de los comienzos y de los fines, la descripción de las continuidades obscuras y de los retornos, la reconstitución de los desarrollos en forma lineal de la historia.

La historia de las ideas muestra cómo el saber científico se difunde para dar como resultado conceptos filosóficos y aparece eventualmente en obras literarias; muestra cómo unos problemas o nociones pueden salir de sus fronteras filosóficas para incrustarse en unos discursos científicos y políticos.

En este sentido, la historia es para nuestro autor, el discurso del poder, el discurso de las obligaciones a través de las cuales el poder somete; es el discurso por medio del cual el poder fascina, aterroriza, inmoviliza; al atar e inmovilizar, el poder es fundador y garantía del orden. De tal manera que la historia es el discurso mediante el cual esas dos funciones que aseguran el orden, van a revitalizarse en intensidad y eficacia Foucault, M. (2000). La historia así como los rituales, los funerales, las consagraciones, los relatos legendarios, es un operador, un intensificador del poder.

En la década de los setenta, Foucault, -quien en su juventud fue un furibundo comunista- suministra un giro a sus reflexiones filosóficas, trazando nuevos círculos virtuosos o hermenéuticos, Silva, E y Ávila, F. (2002), al mostrar una tendencia centralizada en la concepción y funcionamiento del poder; en esta línea se incluyen sus estudios de las prisiones y la sexualidad. En tal sentido, se constituyó en estudioso de las relaciones de poder, el saber y la verdad en los manicomios; luego se dedicó a investigar la sexualidad y la locura en los manicomios y centros de reclusión de las personas que sufrían desequilibrios mentales.

No está de más, decir, que Miguel Morey quien escribe la introducción de *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones* -obra que refleja parte de la veta epistemológica del poder que supo Foucault explotar a su antojo con una interpretación original, alejada de las tradicionales versiones dadas por Nicolás Maquiavelo y Tomas Hobbes- nos dice que en la Francia de la década de los setenta, “el pensamiento de Foucault no era ni conocido ni apreciado. El sector más obsoleto de nuestra academia filosófica (...) tenía la gala de ignorarlo, en la medida en que se decía, su trabajo no tenía nada que ver con la filosofía. Por su parte, el sector presuntamente progresista de la misma, además de desconocerlo igualmente, denunciaba con grandes aspavientos y a la menor ocasión sus graves peligros, en uno más de aquellos achaques de stalinismo de salón tan frecuentes por entonces” Foucault, M. (2001: 07). La propia historia se ha encargado de reivindicar y darle la razón al pensador francés y de rechazar los reproches de quienes se oponían a sus ideas. Quizás una de las pocas críticas que podemos hacerle a Foucault, es que fue de todo un poco, y es posible que esa acción pueda explicar el rechazo de los hombres de prosapia filosófica de la época francesa.

Es evidente que el sueño principal de nuestro pensador, el del intelectual les interesaba muy poco, o les quedaba demasiado grande. En consecuencia, compartimos con Eugenio Trías, defensor del pensamiento y legado de Foucault, la exaltación de su obra a fin de darle el puesto que se merece en la historia de las ideas. Así pues, podemos decir, “que este intelectual siempre luchó por reencontrar nuevas formas individuales y colectivas de poder que permitieran un redimensionamiento de sus formas habituales de realización” Ávila, F (2004: 141). Esta persistencia de nuestro autor, es a nuestro juicio, una de las cualidades más resaltantes de su legado personal como intelectual preocupado por la utilización del poder en los manicomios, asilos y en las cárceles, en contra de los locos, ancianos y presos.

Entre las obras que constituyen el legado filosófico de Foucault, podemos mencionar: Historia de la locura en la época clásica; El nacimiento de la clínica; Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión; Historia de la sexualidad; Las palabras y las cosas; La arqueología del saber, entre otras.

En base a lo expresado en los párrafos anteriores podemos hacernos las siguientes interrogantes: Si el poder se ejerce, ¿En qué consiste? ¿Cómo se entiende su ejercicio? ¿Qué significa conocer? ¿Qué es lo que asegura el poder de conocer verdaderamente las cosas del mundo y de no ser ilusión, error o arbitrariedad?.

## **1. Fundamentación Teórica**

### **1.1. La insurrección de los saberes sometidos contra el discurso científico**

Foucault nos habla en *Defender la sociedad*, del saber suntuario, un saber para nada, representado por un saber fragmentario, repetitivo, y discontinuo que correspondería a lo que nuestro autor llama *pereza febril* que afecta a los enamorados de los documentos que jamás se leen, los libros que apenas salen de la imprenta se cierran y duermen en los archivos, de los que sólo son desempolvados después de largo tiempo. Esto es lo que hemos vivido durante los últimos quince o veinte años, período en que se puede visualizar dos grandes fenómenos:

En primer lugar, un período que podríamos llamar de la *eficacia de las ofensivas dispersas y discontinuas*, como por ejemplo, la extraña eficacia cuando se trató de detener el funcionamiento de la institución psiquiátrica a través del discurso de la antipsiquiatría, que no tuvo el eco deseado aun cuando descansaba en bases aparentemente sólidas. A pesar de lo dicho en el párrafo anterior, desde hace década y media se ha manifestado un hipercrecimiento, una inmensa y proliferada criticabilidad de las cosas, de las instituciones, de las prácticas, de los discursos. Pero queremos destacar que esa sorprendente eficacia de las críticas discontinuas y particulares, locales, ha permitido dejar al descubierto lo que Foucault llama efecto inhibitorio propio de las teorías totalitarias, aún cuando todavía proporcionen elementos localmente utilizables; podemos señalar en este sentido, el marxismo y el psicoanálisis.

En segundo lugar, destacamos el hecho -que sucede hace década y media o dos décadas- de que esta crítica local se haya presentado a través de lo que nuestro autor designa con el nombre de *retornos del saber*. Estos retornos del saber permitieron en primer lugar, que los contenidos históricos que fueron engavetados, sepultados, enmascarados en los discursos hayan hecho eclosión en lo que define como la *insurrección de los saberes sometidos*.

En este orden de ideas, dicha insurrección fue el instrumento discursivo que permitió criticar de manera efectiva tanto el asilo como la prisión; no fue por tanto una semiología de la vida asilar ni tampoco una sociología de la delincuencia las que permitieron la crítica en cuestión sino la aparición de contenidos históricos

que estaban sometidos. De manera tal, que los saberes sometidos son “esos bloques de saberes históricos que estaban presentes y enmascarados dentro de los conjuntos funcionales y sistemáticos, y que la crítica pudo hacer reaparecer por medio, desde luego, de la erudición” Foucault, M. (2000: 21).

De igual forma, nuestro autor también define como saberes sometidos, a todo un conjunto de conocimientos que estaban descalificados pues, estaban señalados como no conceptuales o como insuficientemente elaborados. Es decir, saberes ingenuos, jerárquicamente inferiores, que estaban situados por debajo del umbral del conocimiento científico o de la rigurosidad científica exigida. Estos conocimientos que estaban confiscados, descalificados, echados en la papelera del olvido, permitieron que aflorara el del psiquiatrizado, el del enfermo, el del enfermero, el saber del delincuente; a este tipo de saber nuestro autor lo califica de *saber de la gente*. Este conocimiento, no es un conocimiento común sino un conocimiento particular, un saber local, regional, que no goza de unanimidad y que sólo aparece por la resistencia que opone a los que lo rodean; estos saberes locales de la gente han permitido que se realice la crítica de los discursos de los últimos quince años, que estaba silenciada y muerta.

Como consecuencia de este saber de la gente, saberes sometidos por estar excluidos del ámbito del conocimiento científico, apareció lo que nuestro autor llama una *genealogía* o investigaciones genealógicas múltiples, que se consideraron como el acoplamiento del saber erudito con el saber de la gente y que sólo fue posible mediante la eliminación de la dictadura que ejercían los saberes englobadores, totalizadores, con todos los privilegios y jerarquía que poseían los paradigmas que se impusieron para la época. Así que el término *genealogía*, no es más que el acoplamiento de los conocimientos eruditos y los saberes locales, cuestión que ha permitido la formación de un saber histórico de las luchas y la utilización de ese saber en las tácticas actuales.

Definitivamente, se trata de poner en juego unos saberes locales, discontinuos, descalificados, no legitimados para oponerlos a la instancia teórica paradigmática que pretende dejarlos de lado, anularlos u omitirlos en nombre de un conocimiento verdadero o en nombre de los derechos de una ciencia que algunos poseerían. En tal sentido, las genealogías no son una vuelta o retorno positivista a una forma de ciencia más exacta; las genealogías son anticiencias.

En este sentido, no es que estimulen el derecho a la ignorancia y el no saber; se trata de la insurrección de los saberes contra los efectos de poder centralizadores que imponen un paradigma determinado, que están ligados a la institución y al funcionamiento de un discurso científico organizado, dentro de una sociedad como la nuestra. Pero además, importa muy poco que esta institucionalización del discurso científico se manifieste en una institución universitaria o en un aparato pedagógico como la escuela o en un aparato político como en el marxismo. Estamos de acuerdo con nuestro autor, en que la genealogía en definitiva debe librar su combate contra los efectos de poder, propios de un discurso considerado como científico.

En este orden de ideas, podemos afirmar que hace más de un siglo, se planteó si el psicoanálisis o el marxismo era o no una ciencia. Foucault antes de analizar la existencia o no de una analogía formal y estructural de un discurso marxista o psicoanalítico con un discurso científico, reflexiona sobre la ambición de poder que lleva consigo la pretensión de ser una ciencia, así como los tipos de saber que desean descalificar desde el momento en que se consideran una ciencia. Al mismo tiempo se pregunta por los sujetos de experiencia y saber que quieren reducir al decir, *yo que dicto este discurso científico soy considerado un sabio*. La explicación es que en la práctica desean entronizar una posición teórico-política para separarla de cualquier otra forma masiva, circulante y discontinua del saber.

De lo expresado en el párrafo anterior, podemos colegir que existe un poder que todo lo envuelve, lo mimetiza, lo reduce, hasta la propia ciencia, convirtiéndose en una especie de paradigma que todo lo engulle y que se encarga de tender un manto para silenciar los saberes que no interesan que se coloquen en la vanguardia o abran paso para que se establezcan y consoliden como conocimiento científico y universal. Aún podemos conseguir en nuestros días, individualidades o cuerpos institucionales que todavía están aferrados a viejos modelos de aprendizaje en la educación porque se sostienen mediante un poder que ostentan de vieja data pero que la ola de la renovación, de la innovación y de los nuevos tiempos se los llevará tarde o temprano por delante, para que dejen el camino libre de obstáculos a fin de que pueda avanzar la ciencia y el saber.

Al referirse al marxismo como pretensión de ciencia, nos dice: “Cuando veo que se esfuerzan por establecer que el marxismo es una ciencia, no advierto (...) que estén demostrando de una vez por todas que el marxismo tiene una estructura racional y que sus proposiciones (...) competen a procedimientos de verificación. Veo (...) que están haciendo otra cosa. Veo que asocian al discurso marxista y asignan a quienes lo emiten, efectos de poder que Occidente, ya desde la Edad Media atribuyó a la ciencia y reservó a los emisores de un discurso científico” Foucault, M. (2000:23). Observamos en la cita anterior, el espíritu antimarxista de nuestro pensador así como la negativa a concederle al marxismo la categoría de una ciencia.

Así pues, la genealogía sería entonces una empresa que tendría como finalidad romper el sometimiento de los saberes históricos y liberarlos para que puedan luchar contra la coerción que ejerce el discurso que se considera teórico, unitario, formal y científico impuesto por un poder que trata de controlar todo lo que haga oposición para atenuarlo, venga de donde venga.. Tratando de resumir lo expuesto en esta sección hasta ahora, diríamos que la arqueología es considerada por Foucault como el método por excelencia del análisis de las discursividades locales y la genealogía, la táctica que a partir de esas discursividades locales, permite el juego de los saberes liberados del sometimiento que se desprenden de ellas.

No obstante, ahora se plantea la posibilidad de que esos saberes sometidos, una vez deslastrados de la obscuridad donde dormían, de la cual fueron rescatados y puestos en circulación contra lo que se consideraba el saber científico, no corran la suerte de ser recodificados, reconceptualizados, recolonizados, recon-

textualizados por esos mismos discursos unitarios. Éstos, después de haberlos ridiculizado y descalificado, están ahora dispuestos a anexarlos y subsumirlos a su propio discurso con el exclusivo propósito de seguir controlando el saber y el poder. Pero también podríamos convertirnos nosotros en defensores de ese discurso unitario, cayendo en la trampa de nuestros enemigos, de utilizar los resultados obtenidos para beneficio propio de ese discurso considerado como científico. En efecto: "aún no ha llegado el momento de ser colonizados" Foucault, M. (2000). Pero además, podemos lanzar el desafío ¡hagan la prueba entonces!. Es que el silencio con que las teorías unitarias evaden la genealogía de los saberes es una de las razones para proseguir el camino. Se trata después de todo de una batalla de los saberes sometidos, de los saberes locales contra los efectos de poder del discurso científico.

## 1.2. Interpretación jurídica y económica del poder: el poder como represión y como guerra

Al estudiar el poder, la cuestión teórica que plantearíamos sería cuáles son sus mecanismos, sus efectos, sus relaciones, los diferentes dispositivos de poder que se ejercen, en niveles y modalidades tan distintas, en ámbitos y con extensiones tan distintas en la sociedad. Así que al hacernos la interrogante ¿Puede el análisis del poder deducirse de alguna manera de la economía?, nuestro autor responde desde dos perspectivas.

Una, la concepción jurídica y liberal del poder político, que encontramos en los filósofos del siglo XVIII, y dos, la concepción marxista; ambas perspectivas tienen una zona de intersección es decir, poseen algo en común. Esa intersección entre estos dos conjuntos es lo que nuestro autor designa con el nombre de *economicismo* en la teoría del poder. En la teoría jurídica clásica, el poder es considerado como un derecho que todos tenemos, como un bien que puede transferirse o enajenarse de manera parcial o total mediante un acto jurídico bien sea cedido o por contrato. El poder lo posee todo individuo y que se cede total o parcialmente para constituir un poder, una soberanía política. Sin embargo, en la concepción marxista tenemos algo completamente diferente que nuestro autor le asigna la etiqueta de *funcionalidad económica del poder*.

El poder considerado como *funcionalidad económica*, se interpretaría a la luz de que el rol del poder consistiría en esencia, en mantener relaciones de producción y a la vez, constituir una dominación de clase que el desarrollo de las fuerzas productivas hace posible. En este caso particular, el poder político encontraría su *telos* en la economía.; la interrogante que se haría, es si el poder siempre se ubica en una posición secundaria con respecto a la economía. Es decir, se supone que su finalidad y su funcionalidad giran siempre en torno a la economía o de otra manera, tendría como postulado el servir a la economía. El otro aspecto a estudiar es si el poder funciona de manera similar a la mercancía, esto es, debemos constatar si el poder es algo que se adquiere, que se puede ceder bien sea por contrato o por la fuerza, que se puede enajenar o recuperar, que circula. O si por el contrario, para

estudiar el poder habría que utilizar otros instrumentos, aunque aceptemos que las relaciones de poder están íntimamente imbricadas con las relaciones económicas; si esto es así, poder-economía constituyen un binomio inseparable en el cual un término no depende del otro, sino que la relación entre poder y economía sería de otro tipo que tendríamos que poner en evidencia.

No obstante, para hacer un estudio no económico del poder, tenemos a mano dos hipótesis de trabajo: -el poder no se cede, ni se intercambia sino que se ejerce y sólo existe en acto; -el poder no es mantenimiento y continuación de las relaciones económicas, sino básicamente una relación de fuerza en sí mismo. En base a estas hipótesis, una reflexión que hace Foucault, es esta: “el poder es esencialmente lo que reprime” (2000: 28). Es lo que reprime a la naturaleza, a los instintos, a una clase, a los individuos. En tal sentido, fue Hegel el primero en sostener esta afirmación en *Principios de la filosofía del derecho*, luego fue Freud en su obra *El inconsciente* y posteriormente W. Reich en *La función del orgasmo: el descubrimiento del Orgón*. En cualquier caso, “ser órgano de represión es en el vocabulario de hoy día, el calificativo casi homérico del poder” Foucault, M. (2000: 28); así que al analizar la represión estamos de hecho estudiando el poder.

Nuestro autor, al referirse al sistema penal postula que es la forma en que el poder se muestra de manera abierta y sin enmascaramientos. En efecto: “Meter a alguien en la prisión, mantenerlo en prisión, privarle de alimento, de calor, impedirle salir, hacer el amor (...) ahí tenemos la manifestación de poder más delirante que uno pueda imaginar” Foucault, M. (2001: 28). De la cita anterior podemos colegir, que dicha forma de ejercer el poder es la figura más pueril, cínica, arcaica, cuestión que compartimos con nuestro autor, en virtud de que es en las prisiones el lugar donde el poder no se oculta tras ningún disfraz, no se enmascara sino que se muestra en su justa dimensión. Esto es, como una tiranía y que al mismo tiempo es considerado puro y justificado puesto que puede insertarse por completo en el interior de una moral que al amparo de la justicia, justifica su ejercicio brutal, ya que aparece como la dominación del bien sobre el mal, del orden sobre el caos.

Pero además, si aceptamos que el poder es en sí mismo el despliegue de una relación de fuerza, habría que analizarlo bajo la figura de enfrentamiento, combate, choque o guerra. Diríamos además, que la política es la continuación de la guerra utilizando otros medios; esta afirmación podemos estudiarla desde tres vertientes. Primero, las relaciones de poder funcionan en una sociedad como la nuestra, tienen como centro de gravedad una relación histórica que podemos encontrar en la guerra. Y si aceptamos también que el poder político detiene la guerra para que se establezca la paz en la sociedad civil, no lo hace para neutralizar los efectos de aquélla.

Ahora el rol que jugaría el poder político es el de mantener permanentemente esa relación de fuerza por medio de una guerra silenciosa la cual estaría incrustada en el tejido de las instituciones, en las desigualdades económicas, hasta en el lenguaje. En otras palabras, “la política es la continuación de la guerra, es la prórroga del desequilibrio de fuerzas manifestado en la guerra” Foucault, M.



(2001: 29). En segundo lugar, en la lucha política que se da en períodos de paz civil, los enfrentamientos para lograr el poder, con respecto al poder o por el poder, no debería entenderse sino como consecuencias de la guerra. En tercer lugar, la decisión final sólo puede aflorar de la guerra, de una medición de fuerzas en que las armas y no el raciocinio, se convierten en jueces. La batalla decisiva y final, en la que hay vencedores y vencidos, abortaría el ejercicio del poder como guerra continua.

Del párrafo anterior, podemos deducir -que una vez dejados de lado, los esquemas economicistas de análisis del poder- el mecanismo del poder es la represión (hipótesis de Reich), a la vez observamos que el trasfondo de la relación de poder es el enfrentamiento armado de las fuerzas que se disputan el control del poder (hipótesis de Nietzsche). Estas dos hipótesis no son mutuamente excluyentes sino que se conjugan y se complementan, ya que la represión puede definirse como corolario político de la guerra. En la relación guerra-poder, habría que necesariamente referirnos a la guerra para ver cómo funciona el poder; ya que subyace la idea, que el poder tiene como misión fundamental la defensa de la sociedad, es decir, habría que dar por aceptado que ésta está organizada de una manera tal, que unos pueden defenderse de los otros o defender su capacidad de dominación contra la posibilidad de rebelión de otros.

De esta manera, tendríamos así dos vías o dos sistemas para el análisis y tratamiento del poder. El primero, al cual ya nos referimos en líneas anteriores, llamado esquema jurídico, que sería el antiguo sistema que hallamos en los filósofos del siglo XVIII, que consideran el poder como derecho originario que se cede, el cual es constitutivo de la soberanía, teniendo la figura del contrato como elemento básico del poder político. Sin embargo, esta vieja forma tiene la debilidad de que al superarse a sí mismo o superar los términos del contrato se convertiría en opresión, entendido como abuso. El segundo, que trata el poder no bajo la figura contrato-opresión sino que lo estudiaría bajo el enfoque guerra-represión o dominación-represión, en el que la represión es la búsqueda de una relación de dominación. En este enfoque, los elementos que se enfrentan serían lucha y sumisión, no ya lo legítimo y lo ilegítimo como en el sistema jurídico. Definitivamente, los mecanismos de poder serían esencialmente mecanismos de represión al afirmarse la idea de que bajo el poder político, lo que se establece es sencillamente una relación de tipo bélico.

En el estudio que hace nuestro autor, de la relación guerra-poder, deja a un lado, a los tradicionales estudiosos de la guerra en la sociedad civil, pues, no los considera como tales. Nos referimos a Maquiavelo y Hobbes. No obstante compartimos con Hobbes la idea de que la inclinación general de la humanidad entera, está orientada hacia un perpetuo e incesante afán de poder, que termina solamente con la muerte: Esta especie de postulado del pensador inglés podemos conseguirla en su obra más conocida, *Leviatán*.

### 1.3. Topología del poder

Para Foucault, el poder no es algo que posee la clase dominante; postula que no es una propiedad sino que es una estrategia. Es decir, el poder no se posee, se ejerce. En tal sentido, sus efectos no son atribuibles a una apropiación sino a ciertos dispositivos que le permiten funcionar plenamente. Pero además, postula que el Estado no es de ninguna manera, el lugar privilegiado del poder sino que es un efecto de conjunto, por lo que hay que estudiar lo que él llama sus *hogares moleculares*.

En el estudio del poder, disiente de la afirmación de que el poder debe entenderse como algo intrínseco al aparato del Estado, el cual dependería de un modo de producción que sería su infraestructura. Por el contrario, destaca que el poder no es una mera sobreestructura, es decir, toda economía supone unos mecanismos de poder intrínsecos a ella, a pesar de que es posible hallar correspondencias en cierto sentido estrictas, entre un modo de producción que esgrime algunas necesidades y un conjunto de mecanismos que se ofrecen como solución.

Ante el axioma según el cual, el poder actúa por medio de mecanismos de represión e ideología, manifiesta que ambas no son más que estrategias extremas del poder que en modo alguno se contenta con excluir o impedir, o hacer creer y ocultar. En cambio, sostiene que “el poder produce a través de una transformación técnica de los individuos (...) el poder produce lo real” Foucault, M. (2001: 11).

Pero aclaremos un poco más, lo que nuestro pensador quiere decir en la cita anterior. En nuestras sociedades, dicha transformación técnica de los individuos, o lo que llama producción de lo real no es más que la forma moderna de servidumbre que designa con el nombre de *normalización*. En tal sentido, se refiere a la preeminencia de la norma en el ámbito social y a tales efectos, contempla diferencias entre la ley y la norma. Para ello, manifiesta que la ley sólo interviene cuando existe una infracción, mientras que la norma interviene durante toda la vida; así la ley debe ser conocida en principio por todos los sujetos de una sociedad mientras que la norma sólo la conocen quienes la establecen a partir de un cierto saber.

Foucault intenta romper una complicidad de la ley con el Estado y en tal sentido, habla de entender la ley no como algo que demarca los dominios de la legalidad-ilegalidad sino como un procedimiento por medio del cual ilegalismos que dicha ley permite, tolera o inventa como privilegios de clase; o bien, ilegalismos que prohíbe, aísla y define como medio de dominación. En tal sentido postula que “(...) las leyes están hechas por unos y que se imponen a los demás” Foucault, M. (2001).

Cuando nos habla de ilegalismos, se refiere a que éstos no son adventicios o una imperfección inevitable sino que se constituyen en un elemento del funcionamiento social cuyo papel está contemplado en la estrategia general de la sociedad. Al hacer gala de su crítica abierta, a esta manera de entender la ley, indica que todo dispositivo legislativo ha contemplado unos espacios reservados en los que

la ley puede ser violada, otros en los que puede ser ignorada y finalmente, otros más en los que las infracciones pueden ser castigadas. Nuestro pensador argumenta que la ley no está hecha para impedir algún tipo de comportamiento, sino para distinguir las distintas maneras bajo las cuales se puede vulnerar la ley.

En relación a lo expresado en el párrafo anterior, el autor de *Las palabras y las cosas*, considera que en el odio que el pueblo siente por la justicia, los jueces, tribunales y prisiones, se observa la aspiración de tener una justicia mejor y más equitativa. La lucha antijudicial, expresa Foucault, es una lucha contra el poder y no contra las injusticias de la justicia. Esto explica que cuando aparecen motines, rebeliones, el aparato judicial ha sido la diana sobre la cual se disparan los dardos, al igual que el aparato fiscal, el ejército y otras formas de poder.

En este sentido, observamos que el poder tiene un gran espacio donde se pone de manifiesto. Así tenemos que las distintas y múltiples formas de represión, se globalizan desde la óptica del poder; vemos como la represión está presente en las escuelas, en las universidades en las cuales los profesores muchas veces intentan imponer pautas o modos de interpretar la realidad bajo una coacción, soslayando la percepción o formas de interpretación de los estudiantes, limitando así la creatividad de éstos. En otras ocasiones, tratan de convertirlos en repetidores del discurso del profesor tirano que fue formado bajo patrones de memorización y enciclopedismo; la represión también está presente en las fábricas, en los cuarteles y en las prisiones. Foucault está convencido de que “en todo lugar donde hay poder, el poder se ejerce. Nadie es su dueño o poseedor, sin embargo sabemos que se ejerce en determinada dirección; no sabemos quien lo tiene pero sí sabemos quien no lo tiene” Foucault, M. (2001: 31).

Nuestro autor, realiza un amplio estudio sobre el poder en todas sus manifestaciones y modalidades, y en particular en lo referido al desciframiento del poder en términos exclusivamente negativos de la ley de prohibición. Dicha interpretación hace aparecer cualquier enfrentamiento con el poder, concebido únicamente de modo negativo, es decir, como censura, delimitación, obstáculo, de tal manera que dicho enfrentamiento aparece como transgresión. En las sociedades occidentales, el derecho siempre ha enmascarado al poder; el derecho fue un instrumento muy eficaz mediante el cual se sustituyó los poderes monárquicos en Europa, por varios siglos, durante los cuales el pensamiento político estuvo orientado y gobernado por la cuestión de la soberanía y sus derechos. Otros autores como es el caso de Popper, también se alinea con esta posición foucaultiana.

En otro orden de ideas, Foucault desarrolló a través del Grupo de Información sobre las Prisiones (GIP) una conciencia colectiva para que se conociera la gran preocupación existente por el arrollamiento del poder del Estado frente a los derechos humanos, el derecho de los ciudadanos, que resumía en el eslogan “Frente a los gobiernos, los Derechos Humanos”.

#### **1.4. Congruencia entre poder, saber y verdad**

El autor de *Estrategias de poder* tras haber estudiado los tipos de discursos, ahora intenta explicar cómo pudieron instalarse en la historia de las ideas y sobre qué bases históricas se articulan. Así que lo que él denomina la arqueología del saber no es más que la relación que existe entre estos grandes tipos de discursos que se pueden visualizar en determinada cultura, y las condiciones históricas, económicas y políticas bajo las cuales se formaron y aparecieron en escena. De esta manera, *Las palabras y las cosas* se transformó en la *arqueología del saber* de las ciencias humanas; ahora nuestro pensador trata de establecer lo que denomina la “dinástica del saber”.

Para Foucault, un discurso científico se encuentra caracterizado por un conjunto de rasgos, entre los cuales podemos destacar: “toda ciencia tiene un fundador”; pero el desarrollo histórico de esta ciencia no puede ser reducido a los meros comentarios de textos y escritos de dicho autor. Así como reconocemos a Galileo por los aportes que hizo a la ciencia física de su época, sabemos también en cuáles cosas se equivocó y por tanto hasta dónde no llegó. De manera análoga, algunos marxistas que consideran al marxismo como una ciencia, también deben estar conscientes en lo que no pudo hacer Marx y en cuáles cosas se equivocó. A pesar de que este aspecto (respecto a Marx) fue tratado en secciones anteriores, lo que interesa destacar es que si se quiere analizar ciertos tipos de discursos portadores de saber, no se pueden obviar las relaciones de poder que están presentes en las sociedades en las que se instauran y funcionan dichos discursos.

En *Nacimiento de la clínica* y en *Historia de la locura*, nuestro pensador aborda el tema de cómo los discursos psiquiátrico, psicopatológico, psicológico y psicoanalítico, entre otros, se insertaron en occidente en virtud de ciertas y determinadas condiciones que se dieron. Es así como se explica que desde hacía algún tiempo se hablaba de la locura en base a cierta literatura existente, que hacía aparecer ante los ojos de lectores e intelectuales -médicos especialmente- la locura como algo marginal; sin embargo, no existía una ciencia de la locura. Esto sólo fue posible -hablar de la locura como objeto científico- a partir de finales del siglo XVII, es decir algo tardío. No obstante, la importancia de este hecho está en que dicha idea fue estableciéndose, fue avanzando en occidente a partir del siglo XIX, cuando proliferó la literatura psiquiátrica y psicológica. La explicación que da Foucault al desarrollo de dicha literatura es que se instauró un nuevo tipo de poder social que nació a raíz de la fundación de los estados manufactureros del siglo XVII, y de los estados industriales del siglo XIX, que permitió hablar de una ciencia de la locura.

Nuestro pensador también refiere que el shogún japonés percibió en su justa dimensión el hecho de establecer claramente los vínculos y relaciones estrechas que existen entre saber y poder. En occidente ocurrió algo distinto, la filosofía insistió en ubicar paralelamente el saber y el poder, o lo que es lo mismo se pretendió establecer el postulado de que el saber estaba ubicado en una especie de espacio ideal, sacralizado y aislado de todo cuanto aconteciera en la esfera del poder.

Para el pensador francés, toda la filosofía occidental que siguió el pensamiento de Platón, estableció una gran brecha entre saber y poder. Esta separación permitió que se hablara de la idealidad del saber pero también dio origen "(...) a otra curiosa y muy hipócrita división del trabajo entre los hombres de poder y los hombres del saber, dio lugar a este curioso personaje, el del sabio, el científico que debe renunciar a cualquier poder; renunciar a cualquier participación en la ciudad, para adquirir la verdad. Todo esto constituye la fábula que occidente se cuenta a sí mismo para enmascarar su sed, su gigantesco apetito de poder sirviéndose del saber" Foucault, M. (1999c:155).

En cuanto a la verdad, el autor de *Las palabras y las cosas* afirma que existen dos historias de la verdad. La primera, considerada como una especie de historia interna de la verdad, la historia de una verdad que se autocorrigió mediante sus propios mecanismos de regulación; esta es la historia de la verdad tal y como se presenta en la historia de las ciencias. La segunda, existe en nuestras sociedades, en muchos lugares de nuestras sociedades donde se forma la verdad, es decir, en donde se establecen y definen un conjunto de reglas de juego, a partir de las cuales surgen determinadas formas de subjetividad, determinados objetos, determinados tipos de saber; desde éstas se puede realizar una historia exterior a la verdad.

En este sentido, nuestro autor hace referencia al caso particular de las prácticas jurídicas, forma mediante las cuales se arbitran entre los hombres las faltas cometidas y las responsabilidades, fue el mecanismo mediante el cual podían ser juzgados los hombres en función de los errores cometidos en la historia de occidente. Dichas prácticas hicieron posible imponer a determinados individuos la reparación de sus faltas cometidas así como también el castigo de otras. Todas estas prácticas "constituyen una de las formas a través de las cuales nuestra sociedad definió tipos de subjetividad, formas de saber y en consecuencia relaciones entre los hombres y la verdad" Foucault, M. (199c: 172).

De la cita anterior podemos columbrar que nuestro autor no hace más que interpretar que las formas jurídicas y su evolución en el campo penal, fue un lugar que dio origen a múltiples formas de verdad. La idea de nuestro autor es mostrar que determinadas formas de verdad pueden ser definidas mediante la utilización de la práctica penal; utiliza el término francés *enquête* que traduce encuesta, tal como nosotros la conocemos y que fue utilizada por los filósofos desde el siglo XV al XVIII y por los científicos de todo tipo, la cual es considerada como una forma de verdad en nuestras sociedades. No obstante queremos resaltar que la encuesta fue utilizada en la práctica jurídica pero desde la edad media ya era utilizada como forma de investigar la verdad en todo el ámbito jurídico.

En el caso de la poesía, Foucault recuerda a Nietzsche, -que impuso el nihilismo- quien refirió en *La gaya ciencia* que no existe un origen (*Ursprung*) de la poesía; lo que hay en una invención de la poesía. En efecto: un día a alguien se le ocurrió utilizar un número determinado de propiedades rítmicas o musicales del lenguaje hablado, para imponer sus palabras y argumentos sobre los demás, es decir, para someter a los demás mediante una determinada relación de poder. Esto

es, para Nietzsche, la poesía también fue inventada para imponerse a los demás hombres. Lo mismo ha sucedido con el conocimiento; éste no está inscrito en la naturaleza humana, o lo que es lo mismo no existe en el comportamiento humano ni en el instinto del hombre como un germen en estado latente del conocimiento; tampoco es un instinto más. El conocimiento es el resultado, el fruto del enfrentamiento, de la unión de la lucha y el compromiso entre los instintos. Para Nietzsche mencionado por Foucault: "Si se produce algo es porque los instintos se encuentran, luchan entre sí, y llegan al final de sus batallas, a un compromiso. Y este algo es el conocimiento" Foucault, M. (1999c: 176).

Nuestro pensador refiere el análisis realizado por Nietzsche, en el cual se observa una ruptura entre el conocimiento y las cosas. En la filosofía occidental el paradigma bajo el cual se establecía una relación de continuidad entre las cosas que había que conocer y el propio conocimiento, era el paradigma divino o del conocimiento revelado. Es decir, Dios era ese principio o modelo que privilegiaba una especie de armonía entre el conocimiento y las cosas que había que conocer. Incluso, podemos decir que Descartes tuvo que afirmar la existencia de Dios para poder probar que el conocimiento era un conocimiento fundado en las cosas del mundo.

Pero si la relación entre conocimiento y las cosas que hay que conocer es concebida como una relación de poder y de violencia, entonces ya la interpretación divina deja de ser indispensable. En opinión de nuestro autor, la ruptura entre la teoría del conocimiento y la teología comienza a decaer con este análisis de Nietzsche. Por eso, los defensores del conocimiento revelado explicaban que las causas por las cuales Nietzsche murió de demencia fue un castigo divino por su atrevimiento de separar la teología, es decir, la influencia de Dios del conocimiento científico; sus enemigos, expresaban un justo y merecido castigo de Dios!! En *Así habló Zaratustra*, Nietzsche aborda en su primera parte el tema central de la muerte de Dios. Luego, en su obra *El anticristo: maldición contra el cristianismo*, escribe todo un capítulo que tiene por título Ley contra el cristianismo.

Para Foucault, Nietzsche explica que *Intelligere*, comprender, es sólo el resultado de una cierta compensación entre *ridere* (reír); *luyere*: deplorar y *detestari* (detestar). Que por debajo de todo esto se encuentra la lucha de esos tres instintos, de esas tres pasiones que son: la risa, la lamentación y el odio. Estas tres pasiones o pulsiones producen el conocimiento no porque se han unido o reconciliado sino porque han luchado entre ellas, se han enfrentado y han combatido, porque han intentado hacerse daño unas a otras. Al estar estas tres pulsiones en estado permanente de guerra se produce en algún momento un estado de equilibrio o paz momentánea en el que aparece el conocimiento como la chispa entre dos espadas. Foucault, M. (1999).

Nosotros coincidimos con lo expresado por Wagensberg en cuanto a que sólo hay tres formas fundamentales de conocimiento: el científico, el artístico y el revelado. Además, todo conocimiento real es la superposición ponderada de las tres formas. Postulamos también que la actitud científica compatible con el pro-

greso del mundo es la del indeterminismo Silva, E y Ávila, F. (2002) del mundo. De allí que podamos deducir que Foucault, fue un auténtico indeterminista-aplicador; pues con un conjunto de teorías científicas verdaderas estudió e interpretó todo el entramado social y molecular del poder.

En este sentido, en sus estudios sobre el funcionamiento del poder en la sociedad, Michel Foucault considera que cada época cultural posee un código fundamental, un orden o configuraciones que adopta el saber —que llama *episteme*— lo que se dice y se calla en aquella cultura y sobre cuyo fondo se elaboran, piensan e interpretan los objetos (*a priori histórico*).

Así que una *episteme* regula el número de enunciados posibles de cada cultura; esto es, abre y cierra posibilidades. En *Las palabras y las cosas*, el pensador francés, explicita que los códigos fundamentales de una cultura, los que rigen su lenguaje, sus percepciones, sus cambios, sus valores, sus técnicas, la jerarquización de sus prácticas, fijan previamente para cada hombre los órdenes empíricos con los que tendrá algo que ver y dentro de los que se reconocerá.

En otras palabras, para el autor de *La Arqueología del Saber* existe un tejido de relaciones culturales que conforman el carácter gnoseológico de la realidad. Dicha realidad es la que produce el espacio de la *episteme*, genera sus leyes, sus validaciones, etc. Este orden y espacio de la racionalidad se genera por una forma de poder que los instaura, no sólo políticamente, sino científicamente.

En este mismo orden de ideas, postula que si quisiéramos saber qué es el conocimiento, no hemos de aproximarnos a él desde la forma de vida, de existencia o de ascetismo como característica del filósofo. Para aprehenderlo en su raíz, en su fabricación, debemos acercarnos a él como políticos y no como filósofos; debemos comprender las relaciones de lucha y de poder, la manera de cómo se odian entre sí los hombres, cómo procuran dominarse unos a otros, comprendemos entonces en qué consiste el conocimiento.

Además, al pasar la ciencia a ocupar el papel hegemónico, ya no importaba discutir sus fundamentos, por lo cual se anuló el papel de la filosofía, es decir, la ciencia, el saber, redujo la filosofía en el ámbito oficial a un discurso de segunda importancia que tendría como función servir de fundamento a la ciencia. Se negó a la filosofía como ciencia de los principios que buscaba explicar de manera integral la realidad, el hombre y el universo.

Incluso, en la modernidad se trató de vender la filosofía como especulación, es decir, como metafísica. Lo único que se admitió como filosofía, fue entonces la llamada filosofía de la ciencia o epistemología, dejando de lado la discusión en torno a la ontología y a la axiología. Autores como Descartes, Kant y Hegel son un claro ejemplo de ello. Pero el marxismo en el siglo XIX, la fenomenología, y el existencialismo en el siglo XX, reestablecieron el carácter ontológico y axiológico de la filosofía, pero por su carácter ideológico-político permanecieron en una posición secundaria.

Pero en el orden institucional científico se sometió a la filosofía a una especie de intervención quirúrgica, mediante la cual se extrajo la “*episteme*”, que significaba para entonces el conocimiento racional por causas, y este principio lo introdujeron inicialmente en las ciencias particulares.

En otro orden de ideas, de Foucault podemos decir, que al lado de su veta suprahistórica también mostró interés por el estudio del poder y del régimen de verdad, siguiendo el sendero iluminado por Nietzsche. En tales circunstancias, afirma que la verdad no es ajena a la cuestión del poder; la verdad se produce en atención a múltiples relaciones y luchas por el poder, agonísticas permanentes en las instituciones y en amplio ámbito de los saberes.

Así pues, cada sociedad erige su política de la verdad, cada sociedad construye los rituales que permiten aceptar la verdad y descartar lo que considera falso. De tal manera, que la verdad no está más allá del poder, está en permanente interacción con el poder y los efectos de éste la impactan conminándola a sufrir mutaciones.

## **Reflexiones Finales**

Después de haber realizado una minuciosa lectura a varias de las obras dedicadas al estudio del poder en el legado del pensador francés Michel Foucault, observamos que en una etapa de su vida de intelectual se dedicó a investigar desde su cátedra Historia de los sistemas de pensamiento en el Collège de France todo lo relacionado con el hogar molecular del poder. Esto explica que en las décadas de los sesenta y setenta haya gozado de una amplia notoriedad que aún mantiene después de 22 años de haber fallecido (1984) a pesar de que al igual que Nietzsche -quien influyó notablemente en su formación teórico-conceptual- estuvo en el punto focal de grandes polémicas y críticas. Pero podemos decir a favor de nuestro autor, que fue ampliamente reivindicado ante la historia y ante la humanidad toda.

Sus principales coordenadas filosóficas desde el ángulo histórico-genético, como dice Abbagnano, se ubican la llamada “escuela de la sospecha” constituida por el trípode Marx-Nietzsche-Freud, aunque también ejerció influencia en su formación la epistemología de su coterráneo Gaston Bachelard con quien tiene áreas de coincidencia en sus discursos ya que utilizan idénticas maneras de argumentar; se le coloca también conjuntamente con Lévi-Strauss como los principales artífices del estructuralismo entendido como método científico de investigación. A estas tonalidades de su pensamiento, debemos añadir el interés por la psicología y la psiquiatría existencial, la defensa de los derechos humanos y su inclinación por la historia de la ciencia.

Pero queremos destacar que en *Las palabras y las cosas*, postula que en una cultura, el lenguaje, los esquemas perceptivos, las técnicas, los valores, están gobernados por ciertos códigos que regulan los órdenes empíricos bajo los cuales los hombres viven. Dichos códigos, forman el objeto de estudio de un conjunto de teorías científicas y de interpretaciones filosóficas que explican por qué existe un



orden o a qué ley general obedecen, por qué se prefiere este orden y no otro. Foucault trata mediante su arqueología, sacar a flote algunas infraestructuras mentales o sea la *episteme* en el cual se manifiestan y se mueven los conocimientos en cierta época cultural. Por *episteme* se entiende el conjunto de celdillas conceptuales u hogares moleculares, inconscientes y anónimos que están en la base de los conocimientos y que constituyen su soporte común. Compartimos el punto de vista desde el cual se considera que la *episteme* o *epistemes* de Foucault tienen cierta analogía con los paradigmas de Thomas Khun, los cuales no son desconocidos para los científicos e investigadores como puede ser la *episteme* o las *epistemes*.

A partir del estudio del poder por parte de nuestro autor -después de su lección inaugural en el Collège de France- se muestra convencido de que en los discursos y detrás de éstos, está ya actuando el poder, reconocido como apriori histórico. Es así como Foucault traslada su mirada no ya a los discursos sino a las distintas formas de dominio del hombre sobre el hombre, indicando cómo verdad, saber y poder están íntimamente relacionados. Es aquí donde nosotros observamos una analogía con los paradigmas que se han impuesto en el mundo porque ha habido un poder que los ha instaurado y los ha mantenido vigente hasta que ese poder se desintegra por la sustitución de un poder por otro, en el que ahora hay nuevos protagonistas y por tanto nuevas formas de pensar y de actuar.

Estas nuevas formas de pensar pueden ser de distintos órdenes pero el deseo de dominación de imponerse por encima de los obstáculos, hace que aun en el campo de la ciencia, ésta no escape a los avatares del poder del hombre sobre el conocimiento, imponiendo los regímenes de verdad en determinada época cultural. Como ejemplo, tenemos la reciente derrota del positivismo como paradigma imperante en las ciencias duras y aun en las ciencias sociales. La explicación que nosotros damos es que sencillamente el poder que mantenía su vigencia en el mundo gnoseológico se disolvió y otro poder lo sustituyó. Creemos que esto sirve de base de sustentación a la interpretación de Foucault en cuanto a que los retornos del saber fueron los que permitieron que los contenidos históricos que fueron engavetados, sepultados, enmascarados en los discursos hayan hecho eclosión en lo que él define como la *insurrección de los saberes sometidos*.

Una última idea antes de culminar este artículo. Para Foucault, el poder no es algo que posee la clase dominante; no es una propiedad sino que es una estrategia. En tal sentido, el poder no se posee, se ejerce y sus efectos no son atribuibles a una apropiación sino a ciertos dispositivos que le permiten funcionar a cabalidad. Pero además, postula que el Estado no es el lugar privilegiado del poder sino que es un efecto de conjunto, por lo que hay que estudiar lo que él llama sus hogares moleculares.

En este orden de ideas, se muestra en desacuerdo con la idea de que el poder debe entenderse como algo intrínseco al aparato del Estado, el cual dependería de un modo de producción que sería su infraestructura. Por el contrario, destaca que el poder no es una mera sobreestructura, es decir, toda economía supone unos mecanismos de poder intrínsecos a ella, a pesar de que es posible hallar co-

responsabilidades entre un modo de producción que esgrime algunas necesidades y un conjunto de mecanismos que se ofrecen como solución.

De la misma manera, ante el axioma según el cual, el poder actúa por medio de mecanismos de represión e ideología, manifiesta que ambas no son más que estrategias extremas del poder que en modo alguno se contenta con excluir o impedir, o hacer creer y ocultar. Además, nuestro autor intenta romper una complicidad de la ley con el Estado y en tal sentido, habla de entender la ley no como algo que demarca los dominios de la legalidad-ilegalidad sino como un procedimiento por medio del cual ilegalismos que dicha ley permite, tolera o inventa como privilegios de clase; o bien, ilegalismos que prohíbe, aísla y define como medio de dominación. En tal sentido postula que "(...) las leyes están hechas por unos y que se imponen a los demás" Foucault, M. (2001).

Cuando nos habla de ilegalismos, se refiere a que éstos no son adventicios o una imperfección inevitable sino que es un elemento del funcionamiento social cuyo papel está contemplado en la estrategia general de la sociedad. Al hacer gala de su crítica abierta a esta manera de entender la ley, indica que todo dispositivo legislativo ha contemplado unos espacios reservados en los que la ley puede ser violada, otros en los que puede ser ignorada y finalmente, otros más en los que las infracciones pueden ser castigadas.

Finalmente, estamos firmemente convencidos de que los científicos e investigadores sociales deben ser indeterministas, cuestionadores, críticos del orden existente y por tanto, deben buscar explicaciones divergentes a lo que se da por aceptado, a lo impuesto por los paradigmas de turno, a fin de entender la esencia del "cambio" como la capacidad de transformar, de construir o de incorporar los significantes poderosos, en la complejidad del mundo, como ha expresado Jorge Wagensberg.

### **Referencias Bibliográficas**

- Abbagnano, Nicolas (1996). **Historia de la filosofía**. Volumen IV \*. Editorial Hora S. A., España.
- Ávila F., Francisco (2004). **El rol político de la tecnología: una crítica a la modernidad**. Tesis doctoral presentada en el Doctorado en Ciencias Humanidades. Universidad del Zulia. Venezuela.
- Foucault, Michel (1999a). **La arqueología del saber**. Décimonovena edición. Traducida al castellano por Aurelio Garzón del Camino. Siglo XXI editores S.A. México.
- \_\_\_\_\_. (1999b). **Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas**. Vigésimonovena edición en español. Traducida al castellano por Elsa Cecilia Frost. Siglo XXI editores S.A. México.
- \_\_\_\_\_. (1999c). **Estrategias de poder**. Traducción al castellano por Fernando Álvarez Uría y Julia Varela. Ediciones Paidós Ibérica S. A. Colección Obras Esenciales, volumen II. Argentina.